

CUENTO N° 74

TÍTULO: CHAMPAÑA

SEUDÓNIMO: HUASO

AUTOR: VÍCTOR EUGENIO ALCAÍNO CONTADOR

CHAMPAÑA. Huaso

En un pueblo del sur de Chile vivió por años un colono de origen inglés, Mr. John Feelrighth, quien a fuerza de empeño y trabajo logró una importante fortuna. En sus extensos predios cosechaba trigo, cebada, alfalfa. Entre estas pertenencias, pegada casi a la ciudad, tenía una hijuela de unas 100 hectáreas, lugar de impresionante belleza, rodeado de cerros, al que se accedía por un serpenteante camino orillado por hileras de álamos.

Como una forma de retribuir en parte el cariño que todos en el pueblo le prodigaba, y devolver algo de las platas que pudiese haber obtenido en exceso, Feelrighth, donó a la comunidad este predio con el compromiso que debía ser destinado a club de equitación y sede social.

Y de esta forma nació el “CUCAO SPORTING CLUB”. Tomaba su nombre de un pájaro sureño, emisor de inconfundible y poderoso sonido, que según se dice, traerá suerte a quien lo vea.

En el interior del predio predominaban árboles voluminosos, como castaños, peumos, robles. Y entremedio de estos árboles, como asimismo en los espacios abiertos, todo el terreno lo cubrían pastizales, que disfrutaban potros, yeguas y potrillos. En el centro estaba el picadero o cancha de saltos donde se distribuían vistosos obstáculos, pero aquí el pasto era rasurado con frecuencia y que de tanto corte, unido a frecuentes abonos con aserrín del vecino aserradero, se había transformado en una mullida superficie, donde si alguien se llegaba a caer lo único que le podía pasar era dejar impresa su figura.

En uno de los costados de la cancha, se ubicaban las pesebreras donde los 365 días del año siempre se veía actividad, aún cuando predominaba alguna languidez, una bucólica paz. Allí se cobijaban y mantenían las cabalgaduras, se guardaban los implementos de los equitadores, y en otro sector, amontonados, abundaban los fardos de heno y sacos de cebada, cuyo olor contagiaba todo el ambiente produciendo un mágico efecto anti-estrés.

Y al frente de las pesebreras, existían pequeñas graderías para espectadores destacándose, además, un caserón estilo inglés, provisto de comedor, bar y un amplio salón con ventanales mirando hacia la campiña provisto de una inmensa chimenea que hacía más grato el ambiente en los días fríos. Los concurrentes, sentados en mobiliario bastante cómodo, disfrutaban la conversación, siempre gratamente acompañados con tazas del mejor té importado. En ocasiones el

salón servía también para fiestas de matrimonio, graduaciones y eventos culturales.

El Club era el lujo del pueblo. Y al revés de otros similares, a este concurrían no sólo personas de altos ingresos, sino también gente modesta, con la única condición, imprescindible, compartir el amor por los caballos, se fuese o no dueño de un ejemplar. Si el bolsillo del aficionado flaqueaba operaba un fondo de ayuda solidaria, aunque dinero sí que se juntaba, ya sea a través de erogaciones que el que podía hacía de mil amores o porque el míster se ponía con lo que pudiere faltar, lo que casi nunca sucedía. La alegría reinante en “EL CUCAO” era increíble. Abundaban las bromas, los chistes, las anécdotas, todo transcurría relajado y cuando los fines de semana aparecía Mr. Feelrighth, fumando su pipa, acompañado de su bella y joven esposa, morena, delgada y distinguida, de inconfundibles rasgos mapuches, pero aficionada a seguir cuidadosa dieta europea, el ambiente parecía tornarse aún más grato y festivo.

Mientras pastaban, iniciaron un romance Huaso, potro alazán muy bien dotado, poderoso, campeón de campeones y la yegua Empeñosa, ganadora también de varios trofeos y a los 137 días, de término normal en equinos, nació una linda potranquita. Luego del alumbramiento, los soplidos de la parturienta parecerían querer calentar a la linda criatura y con su hocico y lengua la limpiaba, una y otra vez, cuidado que parecía agregar nuevos visos al delicado pelaje de la recién nacida, que no demoró mucho en afirmarse, al principio vacilante, en sus cuatro largas extremidades.

Huaso y Empeñosa pertenecían a Mr. Feelrighth, pero la cría el gringo la había regalado, con papeles y todo, a Nemesio, excelente cuidador de caballos, en pago por la abnegación con que hacía su trabajo. Pero quien terminó realmente siendo la dueña fue Millaray, la hija de Nemesio.

Los fines de semana los niños gozaban observando los tímidos desplazamientos de la recién nacida. Y no sólo los niños, sino también los adolescentes y quienquiera que la viera, porque era un animalito simplemente precioso. Agarró la costumbre de acercarse al costado de la alambrada del potrero donde la dejaban pastar, para que los concurrentes la gratificaran con panes de azúcar. Ella, con gran delicadeza, fruncía los labios de su hocico y sin rozar siquiera las manos del proveedor, consumía la dulzura, para luego en arranques de gratitud lanzarse en carrera dando cabriolas, sacudiendo su aún corta cola, meneando cabeza y cuello recorrido por jóvenes crines semejante a un largo cepillo o mejor dicho a peinado de mohicano, y ejercitando la musculatura, continuaba con los tremendos saltos, lo que provocaba la risa en quienes la observaban.

Sus dueños, mirando el color del pelaje, la bautizaron como Champaña. Sí, porque podría decirse que era rubia, pero rubio nórdico. Muy amarillo dorado cuerpo y patas y bastantes más

claros crines y cola, casi blancos. Hermosa combinación de colores. Tan hermosa era, que Mr. Feelrighth ofreció una elevada suma de dinero para recuperar su propiedad, pero su intención fracasó porque se produjo un verdadero drama familiar en el hogar de Nemesio, ya que Millaray, su hija, entonces de 12 años de edad, no quiso por ningún motivo ni dinero desprenderse de Champaña, pues muy pobres serían, pero cuando los sentimientos mandaban, mandaban. Y resultaba que Millaray adoraba a su yegüita. El noble inglés quedó fascinado con esta actitud y como buen gentleman decidió aumentar generosamente el salario de Nemesio.

La potranquita siempre pastaba apacible al lado de su yegua madre. A Huaso, el potro, se le mantenía en otro potrero. Un día Champaña lo observó desplazarse a lo largo del deslinde, algo así como furioso, relinchando y de repente, dando un tremendo salto, pasó como si nada sobre la alambrada para luego abalanzarse sobre su pobre madre. Champaña, a la carrera, corrió a refugiarse en la pesebrera, a la que al rato después ingresaría también Empeñosa sin señal alguna de que algo malo le hubiese pasado y que al revés, expiró un sonoro suspiro de paz y ella entonces, dio un menudo suspirito de alivio.

Habiendo pasado ya el tiempo suficiente, cierto día, Vicente, otro trabajador del predio, amansador de caballos, en presencia de Millaray y de otros niños, se dispuso a cumplir su cometido con Champaña.

- ¡Schiiiiita! ¡Quietecita! -, la voz de hombre procuraba ser lo más amistosa posible. Intranquila, la joven hembra, aceptó el bocado de las riendas;... scht... scht... y puso la silla de montar sobre su lomo... y al apretar las cinchas, esto no le gustó para nada a Champaña, que dio un nervioso remezón.

- ¡Ah, yegua mañosa! -, y la voz ya no parecía tan amistosa.

Pero lo que puso absolutamente inquieta a Champaña, fue observar que en los talones de Vicente sobresalían unos cortos pitones de acero, las espuelas, y que en las manos, portaba una maciza fusta o penca campesina. Manteniendo la paciencia, pero preocupada, Champaña permanecía quieta, aún cuando de pronto como que se estremecía. Vicente tomó las riendas, afirmó sus manos en el rebaje de la silla y de un envión estuvo montado sobre Champaña que al instante salió disparada, saltando para un lado y para otro, repitiendo las ensayadas cabriolas de cuando niña. Vicente dando grandes voces, se mantenía en su puesto. Los niños asistentes festinaban el lance con sus gritos de aliento.

Vicente, como enojado con tanto movimiento, de repente exclamó: - ¡Ah yegua e' porquería! - y clavó sus espuelas en los costados de Champaña. En mala hora lo hizo, porque, Champaña,

furiosa, renovó con más bríos su corcoveo, tan poderosos, que de improviso se vio a Nemesio volar por los aires y aterrizar de cabeza en el blando pasto.

Los niños explotaron en aplausos y Vicente fuera de sí, medio muerto de rabia, se acercó a Champaña y logrando tomarla de las riendas, las emprendió a pencazos, como queriendo decir que quién mandaba ahí. Nuevo terrible error, porque aún cuando tomada de las riendas, la yegua levantando sus patas delanteras, emitía furibundos relinchos, con tal fuerza que Vicente tuvo que dejarla ir, asustado, y desde entonces nunca más pudo ni siquiera acercarse a Champaña y lo que fue peor, tampoco se lo permitiría a ningún otro peón, por lo que al final, todo el mundo consideraba que, lamentablemente, Champaña, jamás lograría ser domada.

Quien sí podía acercársele sin ningún problema, era Millaray:

- *¿Qué le pasó mi yegüita preciosa? ¿Le dolió mucho? ¿Qué hombre más bruto, no?* - le decía con su habitual dulce voz y de verdad se condolía del pésimo método de enseñanza que había ensayado Vicente. Y todo lo decía acompañado de reconfortantes panes de azúcar.

Tal era el grado de mutuo cariño existente, que no había día que pasara sin que Millaray concurriera a visitar a su amiga, y por lejos que estuviera, Champaña, corría a su encuentro. Su joven dueña la bañaba, desenredaba los crines y cepillaba hasta el cansancio, dejándola reluciente.

- *¿Cómo va a ser posible que sea tan malita y no se deje montar? Tiene que ser más educada-*, y Millaray, echando hacia atrás un mechón de su largo pelo, reanudaba el amistoso diálogo.

Millaray encontraba preciosa a su yegua, y Champaña, más que seguro, encontraba preciosa a su amita. Y no era para menos, pues Millaray, criada en el campo con abundante leche, frutas y sana comida, en quien predominaban los colores trigueños que denunciaba el origen suizo de su bisabuelo, la adornaban hermosas facciones: Linda boca de preciosa sonrisa y bien cuidados dientes, grandes ojos color miel con tupidas pestañas negras, fina nariz salpicada de algunas pecas y un cuerpo muy bien hecho, ya en plena pubertad, que se adivinaba sería alto, pero más bien delgado.

Y así, entre tanto amor, día a día la confianza se acrecentaba más y más.

Una tarde, Millaray caminaba por un potrero y atrás la seguía dócilmente Champaña. Llegaron junto a un tronco inclinado de árbol, que había caído en un ventarrón y Millaray, haciendo equilibrio con sus manos, camino sobre él un par de metros hasta una altura suficiente y Champaña, como adivinando las intenciones de su niña, se puso en un costado del palo.

Se detuvo dando suspiros amistosos y Millaray con suavidad, musitando dulces palabras se deslizó suavemente sobre su pelaje.

- *Ve que no era tan terrible. Se da cuenta.*

Y sin silla de montar, ni riendas, tomada firmemente de los crines la hizo dar algunos pasos. Luego dando voces, la hizo trotar, primero lentamente y al final, en un frenesí de mutua alegría, galoparon a través de la campiña.

Y desde ese día solamente a Millaray le estaba permitido montar a Champaña.

Champaña continuaba su desarrollo sin mayores contratiempos y pastando, a lo lejos, observaba como miembros de la caballada se entrenaban saltando los obstáculos de la cancha y pensaba para sus adentros que era bastante estúpida la costumbre y la consideraba hasta peligrosa. Con temor adivinaba que alguna vez ella tendría que hacer lo mismo.

Al final, llegó el día en que llevaron a Champaña al picadero. Por supuesto la montaba Millaray, y si la yegua se veía preciosa, lo mismo sucedía con Millaray, quien vistiendo ajustados bluyines y una blusa escocesa a cuadritos rojos, blancos y azul, escotada y sin mangas, llevaba el pelo tomado y provisto de un jockey negro con la visera vuelta hacia atrás. Las graderías estaban repletas de público. Al ingresar, los niños presentes, sus amigos de siempre, inmediatamente las reconocieron.

Ante los expectantes asistentes, Champaña inició un lento trote. En un momento, sintiendo alguna vergüenza de verse tan observada, quiso arrancar en dirección a la pesebrera. Pero no, eso no era posible y dando vuelta, con elegancia reanudó el trote. Inteligentes, sabían de qué se trataba la cuestión. Había que cumplir un recorrido y repasaron de reojo, salto N° 1, salto N° 2 y así, hasta completar 10 saltos.

Millaray, de tanta dulzura, era más bien tímida, e inexperta por su juventud, podría decirse que iba preocupada sólo de no caerse y firmemente sujeta de las riendas, casi no atinaba a nada. Champaña, en todo caso, decidida por fin, enfiló hacia el salto N° 1.

Pocos metros antes del obstáculo fue posible ver a Champaña torcer su cuerpo, como queriendo cambiar de dirección, que a punto estuvo de mandar al suelo a Millaray.

- ¡No, no, vamos! - había que seguir adelante. Y ya frente a frente al primer obstáculo, casi encima, con máxima potencia, sus patas traseras dieron un gran impulso, encogió sus manitas delanteras y aterrizó al otro lado sin ningún problema. Volteando la cabeza vio que el tremendo obstáculo quedaba atrás, sin siquiera haberlo rozado. Sus pequeños y fanáticos admiradores irrumpieron en aplausos. Con su corazón como a 500 pulsaciones reanudó el elástico trote. Ahora fue el salto N° 2 que con un poco de mayor confianza, igual fue superado.

- *Parece que estaba más fácil que el primero* - pensó Champaña. Y absolutamente concentrada en lo que estaba haciendo, ella con sus ojitos bien abiertos y Millaray con la boca bien apretada, prosiguieron el recorrido. Vez que dejaba un obstáculo atrás, Champaña al caer daba unos saltitos menores, como replicas para estabilizar su cuerpo, acompañada de vigorosos movimientos de su cabeza, resoplar de hocico y sacudir de cola. ¡Qué bonita se veía!

- *Caramba* - pensaba preocupada - *parece que los que vienen se hacen más y más difíciles.*

Pero al enfrentarse con una nueva la valla, cuanto más difícil, más fuerte era el empeño que Champaña ponía y pasaba nuevamente sin siquiera rozar los bordes.

Mientras avanzaba, la algarabía de los concurrentes iba en aumento. Ahora el interés era de todos los presentes, grandes y chicos. ¡Es que la yegüita y la joven amazona eran tan re' lindas!

Y al final, se encontraban frente al último obstáculo. Y este sí que era cosa seria. Parecía que lo habían armado con alevosía.

- *Tal vez se equivocaron* - pensó Millaray.

En realidad era sólo para campeones y su yegua era tan nueva. El elástico y acompasado trote de Champaña se hizo, entonces, más lento. Como que necesitaba aire pues resoplaba con violencia. Miro y remiro los colores del frío obstáculo que le pareció amenazador. Pensó en rechazar, evitar, huir. Todos se dieron cuenta. No, no podía renunciar y decidida, Champaña, Champañita, dio un brinco:

¡Santo Cielo! - ¡Un brinco fenomenal e increíble! Haciéndose presente toda su estirpe de campeona y lo mejor que de sí habían aportado sus padres, se expresaba en ese momento en músculos, nervios y sangre que la elevaban, crines al viento, como una mágica figura alada.

Y quienes presenciaron el prodigio, comprobaron que había superado casi por un metro el límite superior del elevado muro. La ovación fue memorable.

Champaña, sin preocuparse de ello, con timidez y algo de rubor y llevando consigo a su asustada dueña, que había perdido el jockey y trataba de ordenar su desparramado pelo, voló hacia fuera del picadero en dirección a las pesebreras. Ahí estaba Empeñosa, la yegua madre, que adivinando la hazaña de su hija, la gratificó refregando repetidamente la nariz en su agitado cuello.

En uno de los potreros de los alrededores, se escuchó el poderoso relincho de aprobación de Huaso. Y los humildes brazos de Nemesio estrecharon con cariño a Millaray que lloraba de alegría.

FIN